

Domingo XXX-B
¿FRACASO, ÉXITO? BONDAD
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

Jeremías 31, 7-9

Así dice el Señor:

«Gritad de alegría por Jacob, regocijaos por el mejor de los pueblos: proclamad, alabad y decid: El Señor ha salvado a su pueblo, al resto de Israel. Mirad que yo os traeré del país del norte, os congregaré de los confines de la tierra. Entre ellos hay ciegos y cojos, preñadas y paridas: una gran multitud retorna. Se marcharon llorando, los guiaré entre consuelos: los llevaré a torrentes de agua, por un camino llano en que no tropezarán. Seré un padre para Israel, Efraín será mi primogénito».

Hebreos 5, 1-6

Hermanos:

Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para presentar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados.

Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades.

A causa de ellas, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo.

Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón.

Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy», o, como dice otro pasaje de la Escritura: «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec».

Evangelio de San Marcos 10, 46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar:

—«Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí».

Muchos lo regañaban para que se callara. Pero él gritaba más:

—«Hijo de David, ten compasión de mí».

Jesús se detuvo y dijo:

—«Llamadlo».

Llamaron al ciego, diciéndole:

—«Ánimo, levántate, que te llama».

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo:

—«¿Qué quieres que haga por ti?».

El ciego le contestó:

—«Maestro, que pueda ver».

Jesús le dijo:

—«Anda, tu fe te ha curado».

Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

COMENTARIO

Le tengo simpatía personal a Jeremías. Fue profeta más o menos desconocido en su tiempo, de temperamento apasionado y célibe. Sus confesiones, el relato de su vocación, que aparecen en el capítulo 10 de su libro, es probablemente el párrafo del Antiguo Testamento que más aprecio. Emigró como tantos otros a Egipto y allí en un paraje desconocido murió y fue enterrado. Como tantos otros hoy en día. En el pasaje que aparece como primera lectura de la misa de este domingo, es un mensaje inspirado por Dios, anuncia la llegada de migrantes. Es, pues, noticia de gran actualidad. Se trata de gente de aquella que los políticos no quieren recibir, también de aquellos que mueren por el camino o fallecen ahogados en el mar. Quien tiene títulos universitarios o millonario capital que pueda depositar en el banco central del país, este será un extranjero llegado de fuera, que las autoridades aceptarán complacidas. Los otros que no vengan, que se queden en su tierra trabajen o acepten la limosna que envían los países ricos y no procreen tanto, que en la tierra ya empezamos a no haber. Además los hijos limitan y hoy el hombre quiere ser libre de ataduras.

Los que anuncia Jeremías son de estos últimos, pero resulta que según él y Dios, no serán una plaga, vendrán para enriquecer a Israel ianda ya! ¿a quién se le ocurre tal despropósito? Pues a Dios mismo, que dice y detalla que el premio al pueblo escogido será la llegada de *"ciegos y cojos, preñadas y paridas: una gran multitud"*. *Y no será porque los trasladen magias que juegan con personas. El Señor dice que "los guiaré entre consuelos: los llevaré a torrentes de agua, por un camino llano en que no tropezarán. Seré un padre para Israel"*.

¿a quien satisface tales huéspedes?

La segunda lectura nos ofrece un texto de la Carta a los Hebreos que se emplea con frecuencia en disertaciones, sermones y recordatorios, o comentarios dedicados a quien se prepara o recibe el sacramento del Orden. Queda muy bonito pronunciar con énfasis este parrafito, pero no es acertado darle tal oportunidad. El párrafo se refiere al sacerdote del Antiguo Testamento, en el Israel bíblico.

Sería también apropiado referirlo a los sacerdotes, aquellos que a veces llamamos brujos, hechiceros, curanderos o magos, que ejercen funciones religiosas en culturas naturales o primitivas. Merecen, estos sí, los elogios que se les tributan. Cuando me encuentro en antiguos lugares con vestigios arqueológicos de tal género, me conmuevo e impresiono. Estoy pensando ahora en el altar cananeo de Petra, que pocos viajeros visitan y que ciertamente carece de la suntuosidad de los edificios nabateos que todos los turistas miran, ahora bien, este altar alberga todavía el misterio de la sacralidad que tuvo y del que los demás carecen. También en los templos de Siquem, o en los de Megido o más modestamente, en el hábitat ibero de Sabasona, próximo a la ciudad de Vic, donde una tribu, escondida entre las hendiduras de las rocas, había destinado una mole de arenisca de más de ocho metros, para que a su cima subiera el sacerdote a ofrecer en nombre de los suyos sacrificios a la divinidad. Me impresiona y gozaba cuando era joven, subir arriesgadamente por los empinados peldaños que habían tallado los prehistóricos lugareños y meditar arriba un momento, las plegarias y sacrificios que allí se habían ofrecido.

Ese sacerdocio merece elogios, pero el autor inspirado a continuación describe sus limitaciones. Los sacrificios debían repetirse con frecuencia, los sacerdotes morían y debían ser sustituidas sus funciones por otros.

El autor inspirado hace entonces el elogio de nuestro Sumo Sacerdote que con un único sacrificio de sí mismo, se ofreció y fue suficiente para siempre. (en realidad lo que dice el texto es que Cristo es sacerdote eterno, que en esencia es casi lo mismo).

Permitidme, amigos lectores, que me detenga un momento describiéndoos el escenario de la lectura evangélica.

En el territorio que hoy llamamos Jericó se encuentra la torre de fortaleza más antigua que hasta ahora se ha encontrado. 10 000 años nos contemplan. diría el francés.

A poca distancia podemos contemplar manantial que riega el bosque de palmeras donde se alberga la ciudad que es menos antigua. Se puede observar la fuente que manaba agua no potable y que por la intervención del profeta Eliseo, se tornó bebible. De aquí que este discípulo del gran Elías, sea el patrón o protector de la ciudad. Y la población, aun hoy en día, se la llame la ciudad de las palmeras. En Jericó estaba el Sicomoro al que se subió Zaqueo, el cobrador de impuestos y que, según cuentan, todavía se conserva viejo y seco, en el jardín de la iglesia ortodoxa.

(Otra singularidad de la población, y perdóneseme la frivolidad, tiene o tenía, recientemente, el único casino de la comarca. La actual ciudad es de soberanía palestina, los musulmanes tienen prohibido el juego y a tal recinto no acuden. El gobierno de Israel tampoco lo permitiría, pero nada pueden objetar que esté en un pueblo extranjero y allí, según me contaban, acudían ciudadanos israelís a jugar)

El ciego del relato de la lectura evangélica de este domingo, al que otros evangelistas también se refieren, probablemente sufriría tracoma.

Copio de enciclopedia la definición de tal enfermedad. "El tracoma es una infección bacteriana que afecta los ojos. Es causada por la bacteria Chlamydia trachomatis. El tracoma es contagioso y se propaga a través del contacto con los ojos, los párpados y las secreciones de la nariz o la garganta de las personas infectadas... El tracoma es la principal causa prevenible de ceguera en todo el mundo. La mayoría de los casos de tracoma ocurren en zonas pobres de África, donde reside el 85 % de las personas que tienen la enfermedad activa. En las zonas donde el tracoma es prevalente, las tasas de infección para los niños menores de 5 años pueden alcanzar el 60 % o más"

En Jericó, como en otros lugares de Tierra Santa, uno continúa encontrándose con ciegos que piden limosna y que, sin ser médico, se atreve por lo que ve, a diagnosticar que sufre la misma maligna infección.

Acabo ya, que me he alargado excesivamente, señalando que el buen hombre agradecido, siguió al Señor.

Nosotros que de tantas cegueras, ignorancias y estupideces hemos sido salvados y tantos bienhechores nos han orientado en nuestra vida ¿somos ahora seguidores del Señor cómo este ciego? ¿Quién verá en la eternidad con más claridad?.